



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

UDGVIRTUAL | Diseño educativo

---

Este material no tiene costo alguno y es proporcionado al estudiante con fines educativos, para la crítica y la investigación respetando la reglamentación en derechos de autor.

El **uso indebido** es responsabilidad del usuario.

Montenegro, Walter (2001); "Liberalismo" en Introducción a las doctrinas político económicas (breviarios); ed. FCE; Colombia; pp. 30-60.

¶ *Filosofía política liberal y liberalismo económico.*  
 ¶ *Antecedentes históricos.* ¶ *La Revolución Industrial y el capitalismo.* ¶ *Las "leyes económicas naturales" y el mercado.* ¶ *El capitalismo como fenómeno socioeconómico.* ¶ *Colonialismo.* ¶ *La intervención del Estado.*  
 ¶ *Capitalismos de Europa y de América.* ¶ *Glosa.*

ANTES de entrar en materia, debemos hacer una distinción semántica. En la terminología contemporánea, hay dos "liberalismos" que, no obstante, su origen común, pueden representar posiciones antagónicas. El primero es el que designa a la filosofía política de la libertad, del progreso intelectual y ruptura de las cadenas que inmovilizan al pensamiento. En este sentido, liberalismo significa actitud de renovación y avance. El segundo es, concretamente, el liberalismo económico nacido en el siglo XVIII (cuando daban sus pasos iniciales el industrialismo maquinista y el capitalismo), o sea la teoría de *laissez faire*, a la que dio su expresión clásica Adam Smith, como aplicación específica del liberalismo individualista al fenómeno económico. Ésta es la tendencia que hoy se considera conservadora, frente al progreso de las corrientes colectivistas.

De la filosofía liberal dice el profesor Sabine:<sup>1</sup> "Puede tomarse el liberalismo, con amplia justificación histórica, como la culminación contemporánea de toda la tradición política occidental. En este lato sentido, liberalismo sería igual, en su significado, a lo que en el uso político popular se llama generalmente 'democracia'."

<sup>1</sup> George H. Sabine, *Historia de la teoría política*, FCE, 5ª reimp., 1972.

En efecto, es tan estrecha la relación histórica entre el liberalismo y la democracia, tal como ésta se la entiende hoy en el mundo occidental, que los dos conceptos casi se confunden. Por razones de método y con finalidades de aclaración, hemos separado su exposición en dos capítulos diferentes. En el presente, tratamos del liberalismo económico y de su producto directo, el capitalismo, y nos ocuparemos más extensamente del liberalismo como filosofía política en el relativo a la democracia. Los dos se complementan.

Aunque algunas doctrinas políticas contemporáneas tienen antecedentes históricos en la Antigüedad —como en el caso de la democracia ateniense, o del comunismo que preconizaba Platón— la conformación definitiva de esas ideas y su vigencia práctica no tienen lugar sino después de la caída del feudalismo.

Y ¿qué fue del feudalismo? Durante mucho tiempo, y especialmente bajo el influjo del racionalismo del siglo XVIII, se pensó en la Edad Media simplemente como en la era de la oscuridad, de la cual nada —salvo en el orden teológico— había salido como contribución al progreso del mundo occidental. Pero en los últimos tiempos se ha discutido ese concepto. Los pensadores católicos contemporáneos asignan a la Edad Media la función de un periodo germinativo, de reposo, de silencio y sombra fecundos, durante el cual maduró la simiente del mundo moderno, en tierra fertilizada con despojos de las culturas asoladas por los bárbaros que descendieron del Norte hacia el Mediterráneo.

Sin penetrar en el sentido de esta controversia que atañe a la filosofía de la historia, nos limitaremos a echar una rápida ojeada sobre el panorama del feudalismo que, en términos de tiempo, se extiende desde la caída de Roma (alrededor del siglo V de la Era Cristiana) hasta los siglos XIII y XIV en que, con el Renacimiento como etapa de transición, se inicia la Edad Moderna.

El pensamiento moraba en la paz de los conventos, donde a la luz del cristianismo se hacía la interpretación de la filosofía clásica, conservando, compilando, copiando y comentando los manuscritos de los grandes filósofos. San Agustín, Santo Tomás y otros Padres de la Iglesia realizaban un esfuerzo gigantesco para conciliar el racionalismo griego (especialmente el aristotélico) con el dogma religioso. (*Ver democracia.*)

El derecho era un derecho de clase y, en rigor, el derecho del más fuerte. Lo poco que quedaba de las instituciones jurídicas romanas se entremezclaba con el sistema consuetudinario, o de la costumbre, importado e impuesto por los invasores del Norte y en particular por los germanos. La propiedad (concretamente de la tierra) era adquirida, consolidada y defendida mediante guerras que libraban los señores feudales para perpetuar y ampliar sus dominios.

El poder político estaba totalmente descentralizado. Los conceptos de Estado y de soberanía habían desaparecido casi por completo. No había naciones en el sentido moderno del vocablo. Los feudos —porciones relativamente pequeñas de territorio— eran gobernados de conformidad con ciertas prácticas de costumbre, pero, en último análisis, a voluntad del señor. Y, aunque algunos tratadistas sostengan que determinadas normas paternalistas regían estricta y justicieramente las relaciones entre señores y siervos, la verdad es que nada, sino la índole personal del señor, daba un tono magnánimo o despótico a dichas relaciones. (Una medida de lo ilimitado de las prerrogativas señoriales era el llamado "derecho de pernada" o *prima nocti* en virtud del cual el señor tenía prioridad en la noche de bodas de sus siervos.)

Imperaba un rígido e inquebrantable sistema de clases sociales. El señor era el amo absoluto; el siervo muy poco más que una simple parte de la propiedad de la tierra. El siervo disfrutaba sólo la "tenencia" de

la tierra; la cultivaba a cambio de servicios que prestaba al señor además de entregarle a éste una parte de los productos obtenidos. En retribución, el señor protegía al siervo contra las depredaciones de otros señores.

Aparte de este régimen en el que tierra y siervo formaban parte de un todo indivisible, el artesano que moraba en villas (de ahí el término de "villano") y que producía los escasos artículos necesarios para el consumo de la población, se encontraba agrupado, según su oficio, en gremios o corporaciones cuya unidad era el taller. El taller tenía un jefe y dueño, el maestro; oficiales que eran sus ayudantes; y aprendices que se iniciaban en el oficio y aspiraban a llegar, gradualmente, a las categorías de oficiales o maestros de taller.

Los gremios (que generalmente tomaban el nombre de un santo patrono, como el de San José para los carpinteros), tenían reglas establecidas para la forma de producir sus artículos, para fijar precios y plazas de venta de los mismos y para limitar el número de unidades manufacturadas. En muchos casos, contaban con el monopolio de compra de materias primas y, desde luego, nadie que no perteneciese al gremio respectivo podía ejercer el oficio. Era celosa y conservadora la vigilancia de la producción, y sucedían casos como éste, ocurrido ya a comienzos de la Edad Moderna: cuando algunos sastres franceses empezaron a hacer botones de tela, el gremio de fabricantes de botones de hueso levantó tal protesta que no solamente se prohibió la sacrilega innovación, sino que se persiguió a las personas que usaban los nuevos botones y se registraron las casas en busca de los mismos para quemarlos públicamente.

La importación de telas extranjeras (orientales) produjo un conflicto a consecuencia del cual 1 600 personas perecieron en la horca, en la rueda o en reyertas callejeras; muchas más fueron condenadas a galeras.

El comercio y, sobre todo, el crédito (al que se confundía con la usura) estaban condenados por la Iglesia, lo que significaba una grave restricción al desarrollo económico.

La Iglesia desempeñaba un papel preponderante. Su poder temporal era el único centralizado, orgánico y estable en ese entonces, y su dominio espiritual, a través del dogma, era casi ilimitado. Pero en ese momento excepcionalmente plástico, cuando como pocas veces se hacía necesario para poner en práctica la doctrina igualitaria y justiciera de Cristo, las preocupaciones del poder temporal impidieron a la Iglesia combatir los males del sistema de privilegios del feudalismo.

En el punto en que este sistema llega a su ocaso, entran en juego los muchos factores —amalgama de ingredientes intelectuales y materiales— que forman la sustancia de los tiempos modernos, con sus increíbles realizaciones y sus tremendas quiebras.

Los más importantes entre esos factores son los siguientes:

El Renacimiento que, como su nombre indica, fue —después del compás de espera de la Edad Media— un pujante y luminoso resurgimiento de la cultura clásica, con nuevas formas y matices propios. A este periodo corresponde, como ejemplo de interés especial para esta materia, *El príncipe*, de Maquiavelo, tratado de política cuyas normas básicas no han perdido valor práctico hasta hoy.

Los grandes descubrimientos geográficos ensanchan el ámbito material del progreso, abriendo nuevas rutas de comercio y de expansión política y económica, y contribuyen decisivamente al intercambio de conocimientos y productos como en el caso de las exploraciones de Marco Polo que levantan el telón del Lejano Oriente sobre el maravilloso escenario de la cultura china y el descubrimiento de América, emporio de

civilizaciones milenarias que guarda en su seno el germen de lo que será el Nuevo Mundo. Del Oriente viene la pólvora a dejar en desuso las armas primitivas y a ampliar el radio de acción de las guerras y las conquistas.

La Reforma protestante quebranta la autoridad central de la Iglesia romana e induce al hombre a buscar las grandes verdades por sí mismo, en vez de acatar ciegameamente el dogma. En un orden menos elevado, pero no menos importante para la formación de lo que será el mundo moderno, el protestantismo revoca la condenación de la Iglesia romana contra el comercio y abre las puertas del crédito.

La invención de la imprenta echa por tierra el virtual monopolio que los monasterios ejercían sobre el pensamiento y lo pone al alcance de la demanda popular. Se rompen nuevos límites, se destruyen nuevos mitos y “tabús”. El espíritu humano, entumecido, se despereza después de la larga noche.

Más tarde, en el siglo XVIII, los llamados enciclopedistas (Diderot, Montesquieu, Voltaire, d'Alembert y otros), al tiempo de formar una enciclopedia francesa con todos los conocimientos acumulados hasta entonces por el hombre, ofrecen a los que serán progenitores del mundo contemporáneo una visión de conjunto de lo que la filosofía, la ciencia, el arte y las letras han producido. Les facilitan el camino de la investigación y les abren las puertas del intelecto, revisando, examinando, analizando, criticando y catalogando todo cuanto sus manos ávidas recogen.

Los grandes inventos mecánicos (la máquina de vapor, las infinitas aplicaciones del principio de la palanca y de la rueda) derriban las últimas murallas.

Los señores feudales han tenido ya que agruparse desde bastante tiempo atrás en conjuntos cada vez más grandes, para defenderse de esta avalancha incontenible. Van formando así los cimientos de lo que serán

las naciones modernas. Resurge el concepto del Estado nacional caído en las últimas batallas del Sacro Imperio Romano de Carlomagno. Apoyados por la Iglesia, los monarcas se aferran al llamado "derecho divino" de los reyes, y, en nombre de él, ejercen el poder autocrático. Este es su último baluarte.

Mientras la estructura política y social de Europa sufre estas conmociones, se dejan ya sentir con claridad alarmante, desde los comienzos del siglo XVIII, los efectos de un fenómeno económico profundísimo que acabará, en poco más de cien años, por trastornar definitivamente el orden vigente: la Revolución Industrial.

La aplicación de los inventos mecánicos a la producción de los artículos que requiere la sociedad (cuyo volumen y necesidades crecen constantemente) determina la aparición de nuevas formas de vida y de trabajo.

La tierra cede a la fábrica y al comercio el primer puesto como fuente de riqueza. La riqueza de la tierra, indestructiblemente ligada a las prerrogativas de la aristocracia de sangre, es sustituida por el capital industrial o comercial. La burguesía, compuesta por personas que, sin pertenecer a la nobleza, mueven las ruedas de la actividad económica, se hace dueña de los nuevos instrumentos de producción y se sobrepone a la aristocracia de sangre (la nobleza no trabaja porque eso la rebajaría: el trabajo es cosa de siervos y villanos). El hombre de negocios disputa posiciones al señor. Por otra parte, la fábrica sustituye al taller y en lugar del artesano emerge —con el enorme volumen de su aporte y de sus necesidades— el proletario, que vende su trabajo por un salario. El artesano ya no se agrupará en gremios para defenderse de la competencia de otros artesanos. El obrero se agrupa en sindicatos para defenderse del capitalista.

Estos elementos constituyen el embrión de lo que

será el mercado capitalista moderno, regido por la iniciativa, la competencia, la oferta y la demanda, y también el embrión de los grandes problemas político-sociales de nuestros tiempos.

Son típicos los efectos de esta tremenda transformación en Inglaterra, donde la industria textil inaugura el tránsito de la obra manual a la producción mecanizada. La tierra que se empleaba para producir comestibles resulta ahora mucho más lucrativa como campo de pastoreo para el ganado lanar (las fábricas de tejidos demandan cantidades cada vez mayores de materia prima para saciar el apetito voraz de los telares mecánicos). Hay escasez de alimentos; los labriegos se ven desplazados ("donde había centenares de campesinos ahora hay una docena de pastores y millares de ovejas"). Los labriegos empujados por la miseria, afluyen a las ciudades, tanto porque ya no tienen nada que hacer en el campo, como porque van en busca de los salarios de las fábricas; pero las fábricas no son suficientes para recibir esta afluencia, y hay desocupación, hambre, problemas de habitación y de higiene. Las ciudades quedan infestadas por una masa flotante de fantasmas que han perdido para siempre el sitio que ocupaban en la tierra y en la historia y que no encuentran todavía un nuevo acomodo; hay revueltas de campesinos. En las fábricas y en las minas de carbón (las máquinas devoran combustible), la situación es literalmente inhumana. Hay empresarios que creen que los adultos ofrecen demasiados problemas, y prefieren contratar niños desde los siete años de edad; para evitar que se alejen del lugar de su tarea, los niños son encadenados a las máquinas y hasta se llega a limarles los dientes para que coman menos. En las minas, hay hombres que no conocen el sol: fueron concebidos y nacieron y mueren dentro de las galerías. La gente que mora allí —monstruosas hormigas de un oscuro mundo infernal— pierde hasta

la costumbre de vestirse. Hombres y mujeres andan poco menos que desnudos. Una de las ocupaciones que se considera adecuada para las mujeres es la de arrastrar las vagonetas en que se saca el carbón. Pero ingeniosos empresarios han descubierto que es más barato hacer galerías de apenas un metro de altura: las vagonetas son también bajas; las mujeres que las arrastran deben, pues, ir caminando a gatas. Por supuesto, no hay leyes sociales. La abundancia de gente que busca empleo permite a los empresarios rebajar constantemente los salarios (basta con echar al obrero que gana más y tomar a otro por menos, salvo que el primero se avenga a la rebaja).

Dice el historiador Toynbee que, todavía en 1840, el salario medio del obrero llegaba a 8 chelines semanales y sus gastos semanales a 14. La diferencia debía ser compensada mediante la mendicidad, el robo y la prostitución. Se trabajaba 11 horas diarias, seis días por semana. En el siglo anterior la jornada era de 16 horas.

Empiezan a amasarse grandes fortunas entre los empresarios. Un economista de ese tiempo (los economistas son también producto de la época), dice que "no hay orden social posible, a menos que el bienestar de la minoría sea producto de la miseria y el sufrimiento de la gran mayoría". Pronto, la necesidad de encontrar nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados dará pie a la búsqueda y conquista de colonias y a las guerras de expansión económica; al "colonialismo" y al "imperialismo". El advenimiento del capitalismo tiene caracteres catastróficos.

La escuela económica mercantilista (la primera que aparece en la historia), cree descubrir que el secreto de la riqueza y el poderío de las naciones reside primordialmente en la acumulación de metales preciosos: oro y plata. El oro y la plata, dice, pueden comprarlo todo: tierra, fábricas, colonias, materias primas, traba-

adores, ejércitos. Su concepto era estático, fundado en el atesoramiento.

Para acumular oro era necesario hacer lo que hizo Colbert, ministro de Luis XIV de Francia; levantar barreras aduaneras que impidieran la importación de artículos extranjeros (siendo el oro la única moneda internacional, las importaciones se pagan en oro); dar al Estado el control de la producción, tanto para acomodarla a las necesidades del consumo interno como para agrandar esa producción y hacer posible la exportación; regular precios y aun establecer fábricas propias del Estado para contribuir a la producción sin caer en los peligros de la competencia ruinosa, etc., etc. En otros términos, una de las primeras y, para su tiempo, más radicales muestras del intervencionismo estatal. Los resultados no fueron, ni mucho menos, satisfactorios porque el concepto fundamental de la simple acumulación de oro era falso. (En nuestros días ha quedado ampliamente demostrado, entre otros por el ejemplo revelador de la Alemania de antes de la segunda Guerra Mundial, que las naciones pueden enriquecerse sin necesidad de acumular oro.)

Conforme crecen los problemas, surgen nuevas teorías económicas para interpretarlos y solucionarlos. Los fisiócratas —su más grande expositor fue el Dr. Francisco Quesnay, médico de Luis XV— comparan minuciosamente, utilizando un diagrama del cuerpo del hombre, el fenómeno económico con la fisiología humana; y aquí introducen una noción que se anticipa a las concepciones más modernas: la riqueza de una nación —que según ellos está fundada en la tierra antes que en las fábricas— depende de la producción y circulación de bienes, más que de la acumulación de oro y plata. Como el fenómeno económico es un fenómeno "natural", dicen los fisiócratas, lo lógico es dejar que actúen por sí mismas las leyes "naturales", sin aquella intervención del Estado que practicó Col-

bert. El fisiócrata francés Gournay (1712-1759) acuña la célebre fórmula: *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, dejar pasar). Dejar hacer: cancelar las limitaciones del intervencionismo y abrir el campo a la iniciativa individual; dejar pasar: abrir las puertas de las naciones, suprimiendo las barreras aduaneras, de modo que se estimule y active la circulación de la riqueza.

En este punto, y como campeón máximo del *laissez faire, laissez passer* se hace presente el liberalismo económico o teoría de la libertad económica, fundada en la libre iniciativa individual movida por el deseo de lucro; en la libre competencia, reguladora de la producción y de los precios, y en el libre juego de las "leyes económicas naturales" o del mercado.

El más grande expositor o "padre" del liberalismo económico fue Adam Smith, filósofo y economista nacido en Escocia el año 1723.

Su obra fundamental (uno de los grandes monumentos del pensamiento humano) se llama *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, o más, comúnmente, *La riqueza de las naciones*, y trata del nuevo fenómeno que se anuncia en la vida de Europa: el capitalismo.

Frecuentemente, ahora como en vida de Smith, se le han imputado a él todos los vicios del capitalismo. La verdad, empero, es que *La riqueza de las naciones* constituye un análisis de interpretación del fenómeno capitalista tal como se presentaba, y no una justificación de sus métodos.

Como resultado de ese análisis e interpretación, Adam Smith deduce las leyes orgánicas y funcionales del capitalismo. No las inventa, sino que las descubre porque —esto es sumamente importante— la esencia del fenómeno económico, según él y los liberales, es que aquellas leyes son "naturales", *existen* por sí mismas y se desarrollan por razón de su propia dinámica.

Tan evidente es que Adam Smith no condonaba los

excesos del capitalismo, que dijo, refiriéndose a los capitalistas de ese tiempo: "La cruel rapacidad y el espíritu monopolizador de los manufactureros y mercaderes... [hacen pensar que]... ni unos ni otros, ciertamente, deberían ser conductores de la humanidad." En cuanto a la distribución de la riqueza, escribió: "Ninguna sociedad podrá ser floreciente y dichosa si la mayoría de ella es pobre y miserable."

El primero de los elementos del mecanismo capitalista, según Adam Smith, es el interés egoísta que, traducido en apetito de lucro, mueve a la iniciativa privada. Frente a la demanda de los artículos que la sociedad requiere para satisfacer sus necesidades, el individuo busca y crea, en ejercicio de la libertad de empresa, la forma (remunerativa para sí) de satisfacer esa demanda; produce aquellas mercancías que los demás desean adquirir, y las pone a la venta. Produce tanto como puede, incitado por el impulso egoísta de acrecentar sus utilidades. Naturalmente, si el productor fuese uno solo, estaría en condiciones de elevar esas utilidades sin medida, pero aquí interviene el segundo elemento del mecanismo: la competencia. Alucinados por los beneficios que obtiene el primer productor, y en uso de la misma libertad de empresa, otros individuos siguen sus pasos y producen el mismo artículo. Tienen que venderlo, porque de eso depende su subsistencia y la prosperidad de sus negocios. La forma de conseguir compradores consiste, obviamente, en ofrecer un producto mejor y, sobre todo, un producto más barato. El primer productor, que ve disminuir su clientela (porque ella está comprando los productos similares más baratos), se ve obligado a reducir sus precios y sus utilidades, y de esta manera, en forma "natural", se establece un nivel razonable de precios que beneficia al consumidor impidiendo la especulación abusiva.

Al fundar su razonamiento, con criterio descarnada-

mente realista, en el interés propio, en el egoísmo del productor, Adam Smith parecía dar justificación ilimitada a un sentimiento antisocial de explotación de las necesidades del consumidor por parte de los productores. Pero, simultáneamente, dejan sentado que la interacción de intereses egoístas sirve como regulador espontáneo y automático.

Sin embargo, podría ocurrir, hipotéticamente, que si hubiera un campo ilimitado para la venta de artículos, fuese posible subir, también ilimitadamente, los precios. Pero tampoco esto es cierto, y aquí surge el tercer factor: la ley de la oferta y la demanda. Ninguna necesidad humana es absolutamente ilimitada, lo que quiere decir que no puede requerirse un volumen ilimitado de determinado artículo dentro de un periodo de tiempo determinado. Por consiguiente, la necesidad del consumidor llega a un punto en que se satisface y deja de existir. Los artículos ofrecidos al consumidor mantienen su precio, únicamente, mientras el volumen de los mismos no sobrepasa el de la demanda. He aquí otro control automático. Porque si los productores han ganado utilidades excesivas que les permiten incrementar en forma desmedida su capacidad de producción, y si el número de productores se ha multiplicado irracionalmente en un renglón determinado, llega a un punto en que ya no hay quien compre todo lo que producen. Tienen, pues, que apelar, para sobrevivir, a los expedientes de reducir precios, de reducir la producción, o, finalmente, de buscar nuevos campos de actividad, lo que contribuye a la diversificación de la economía. Desaparecida la congestión anormal, suben los precios y se restablece el equilibrio entre la oferta y la demanda.

Esto, en lo que se refiere a las relaciones del productor con el consumidor. Otro tanto, dice Adam Smith, ocurre en las relaciones del capital con el trabajo.

La capacidad de trabajo de los obreros (el trabajo que pueden vender) constituye un volumen potencial de "servicios" que, lo mismo que las mercancías, está sometido a la ley de la oferta y la demanda.

Cuando los productores elevan sus precios y obtienen buenas utilidades, su natural interés los mueve a aumentar la producción. Para este fin tienen que contratar un número mayor de obreros y pagarles salarios más altos. Pero, alcanzando el punto de saturación del mercado, cuando la oferta de mercancías llega a ser mayor que la demanda, se ven obligados —para mantener sus utilidades— a reducir los salarios y, en último trance, a despedir a los obreros contratados en exceso. Los desocupados pasan inmediatamente a formar un nuevo volumen de oferta de trabajo barato; tanto más barato, cuanto mayor el volumen. Ese trabajo permite a las industrias ya existentes, en otros renglones, ampliar sus negocios, o da margen a la creación de nuevas industrias, incrementándose así otra vez la demanda de obreros.

Dentro del proceso indicado, lo mismo que ocurría con los precios, la ley de la oferta y la demanda ejerce una regulación automática del nivel de salarios, impidiendo que ellos suban desmesuradamente o que bajen fuera de proporción.

Finalmente, Smith analiza las leyes de la acumulación y de la población. En virtud de la primera, las utilidades de una empresa determinan el crecimiento del capital que sirve para expandir la actividad económica. Dicha expansión crea una mayor demanda de trabajadores; se necesitan más y más obreros. Esta demanda, como tenemos visto, hace subir los salarios, y los hará subir hasta un punto en que desaparecerían las utilidades. Pero aquí entra en juego la ley de la población. Al mejorar los salarios, mejoran las condiciones de vida del proletariado y baja el índice de la mortalidad infantil (que en ese tiempo era altísima);

mueren menos niños, aumenta la población y hay más obreros. Por consiguiente, aumenta la oferta de trabajo y los salarios vuelven a bajar a su nivel.

El conjunto y el juego de estos factores fundamentales es lo que constituye el "mercado" capitalista. Las leyes de ese mercado son "las leyes naturales" de que ya hablaron los fisiócratas y que constituyen la médula de la teoría liberal, porque esas leyes actúan natural y libremente, sin necesidad de intervención alguna por parte del Estado.

El mercado tiene en sí mismo los elementos orgánicos indispensables para su funcionamiento. Está vitalizado por fuerzas permanentes como las que derivan de las necesidades del individuo y de la sociedad y de la codicia del hombre. El hecho de haber quedado satisfechas las necesidades limita y regula el impulso productivo. La coexistencia y la actividad simultánea de varios impulsos de lucro encaminados en el mismo sentido y con los mismos objetivos, o sea la competencia, ponen coto al desborde y señalan una medida adecuada.

El fenómeno es esencialmente dinámico. No hay puntos muertos. La producción tiende a subir mientras hay demanda y, por ende, mientras los precios son relativamente altos. Cuando la oferta se hace mayor que la demanda, los precios tienen que bajar, y con ellos disminuye la producción. Ese descenso continúa hasta que la oferta vuelve a ser menor que la demanda. Al surgir la escasez, el consumidor está dispuesto a pagar más por aquello que quiere adquirir. Eso hace subir los precios nuevamente y sube la producción. Los salarios, y hasta la población, aumentan o decrecen al ritmo de este constante movimiento de flujo y reflujo.

Y ¿cuál es el papel del Estado? De no intervención. Sostenían los liberales puros que cualquier intromisión en el juego de las leyes económicas naturales

(que ellos veían como un mecanismo perfecto que se nutría, se ponía en marcha, se frenaba y se lubricaba a sí mismo, automáticamente), no haría sino alterar su funcionamiento. El interés político encarnado en el Estado "corrompería" la pureza de ese equilibrio que, no obstante estar fundado en factores reales, descarnados, crudamente humanos (el egoísmo, el apetito de lucro) y no en concepciones éticas abstractas como las de los utopistas, lleva a la realización de un ideal superior de "armonía social". Precisamente, el hecho de que los repetidos factores no estén sometidos a la acción de "conceptos" —políticos o morales— variables y dependientes de circunstancias temporales, sería la mejor garantía de su estabilidad y solidez.

Al Estado le corresponderá, cuando más, la tarea de vigilar la seguridad exterior de la nación y la de los individuos (el "Estado gendarme"), y la de efectuar ciertas tareas de beneficio común que, no ofreciendo incentivo de utilidad a la iniciativa privada, deben, de todos modos, ser cumplidas, como la construcción y conservación de caminos y la enseñanza elemental.

Es fácil imaginar que, al hacer estas últimas concesiones, los apóstoles del liberalismo puro (componentes de la que se llamó "Escuela de Manchester") lo hacían con el gesto de repugnancia con que se ingiere una droga de sabor intolerable, pero de imprescindible necesidad.

Adam Smith y sus discípulos trazaron con estos caracteres el cuadro de la sociedad liberal capitalista que en ese entonces sentaba sus reales en el mundo. Examinemos ahora la trayectoria seguida por el liberalismo económico hasta nuestros días y sus perspectivas futuras.

Su aparición, igual que todas las grandes transformaciones ocurridas en la estructura económico-social del mundo, acarreó enormes trastornos.

Así como el marxismo engendró en el terreno político un descendiente legítimo, que es el comunismo leninista, el liberalismo tiene un hijo adoptivo, en el campo económico; un hijo, para su época, no menos revolucionario: el capitalismo.

Tanto los liberales como los marxistas hicieron hincapié doctrinal en el "determinismo", en el carácter ineluctable de las leyes que rigen el mecanismo capitalista. En este sentido, las "leyes naturales" de Adam Smith y sus discípulos no son menos indestructibles e inevitables que el "proceso dialéctico" de Marx y sus continuadores. La diferencia que separa diametralmente a unos de otros es que los primeros ven en aquellas leyes una garantía permanente de desarrollo tendiente a la prosperidad y la armonía, dentro de la sociedad capitalista, mientras que los segundos encuentran en el "proceso dialéctico" la prognosis de la muerte del capitalismo.

Una distinción indispensable para no partir de generalizaciones falsas que conducirían a conclusiones ilógicas es la que diferencia al capitalismo europeo del norteamericano.

El del Viejo Mundo pareció haber seguido con precisión dramática el pronóstico esencial de Marx. Desde luego, ése fue el capitalismo que conoció, estudió, interpretó y diagnosticó Marx. Lo conoció y estudió, además, en la época en que se presentaba y actuaba con la cruda desnudez y la absoluta impudicia de sus primeros años. Aferrado a los principios de la "iniciativa privada", del "incentivo de la utilidad" y de la "competencia", creció desmesuradamente, se levantó sobre Europa como un castillo fantástico en el que moraba una minoría privilegiada (la burguesía que reemplazó a la aristocracia de sangre), pero que tenía los cimientos asentados sobre la arena movediza y rencorosa de la miseria de las grandes mayorías. Se olvidó de éstas, hasta que sintió que

ellas, desde abajo, reclamaban su presa. Hizo del poder político un mero instrumento de defensa de sus intereses. Cuando le faltaron mercados y materias primas, se expandió por el mundo conquistando colonias y subyugando y explotando a pueblos atrasados e indefensos. Cinco sextas partes de la Tierra: América, Asia, África y Australia, enriquecían las arcas de la otra sexta parte: Europa. El Dr. Schacht, presidente del Banco de Alemania, afirmaba en 1926: "La lucha por materias primas desempeña el papel más importante de la política mundial. Un papel más importante aún que antes de la guerra. La única solución para Alemania consiste en la adquisición de colonias."

Las "leyes naturales" no dieron los resultados que de ellas se esperaban. Para comenzar, fueron desnaturalizadas no tanto por la acción del Estado, en un principio, como por obra de los propios capitalistas. Muestra de ellos es la organización de monopolios y cárteles que anularon la libre competencia y dieron carácter artificial a los precios, desvirtuando los efectos de la ley de la oferta y la demanda.

Finalmente —para no entrar en mayores tecnicismos económicos— el capitalismo demostró ser incapaz de frenar oportunamente el apetito de lucro y, por ende, la producción; y el ritmo de funcionamiento y control mutuo de los factores del mercado resultó demasiado lento. Al sobrevenir la sobreproducción, con caída de precios y desocupación, y antes —mucho antes— que hubiese intervenido la ley de la oferta y la demanda como regulador, las depresiones económicas, las crisis, habían hecho presa en la sociedad, con todos sus rigores. Más tarde se acabó por descubrir, como veremos adelante, que si la crisis había sido muy profunda, ya no bastarían las fuerzas solas del mercado, su capacidad reactiva intrínseca, para poner de nuevo a flote la economía, y el Estado tendría que intervenir.

En aquel tempestuoso proceso, las diferencias que separaban a las clases sociales fueron ahondándose progresivamente. Los pobres no eran, literalmente, más pobres que antes; a costa de duras y sangrientas luchas, los primeros sindicatos arrancaron algunas mejoras graduales a las empresas, y la legislación social dio sus primeros pasos. Pero los ricos se hacían tan desmesuradamente ricos y las necesidades de la vida moderna crecían tan rápidamente, que la desproporción entre los extremos del bienestar y la miseria fue adquiriendo caracteres monstruosos.

Como consecuencia de esta ciega carrera autoconstructiva, una buena parte de Europa encaró crisis políticas graves; antes y después de la segunda Guerra Mundial los partidos comunistas tuvieron la oportunidad (no desaprovechada), de hacer grandes cosechas proselitistas. El crecimiento del socialismo en cualquiera de sus matices corresponde, en proporción directa, a la ineptitud del capitalismo para resolver los problemas sociales. Los países europeos que pudieron conservar el esquema democrático y, por ende, frustrar el avance comunista fueron aquéllos donde el capitalismo individualista hermético dejó de ser una realidad irritante; aquéllos, en otros términos, en los que el capitalismo logró adelantarse a algunos de los postulados del socialismo. Cosa muy lógica, si se recuerda que el socialismo fue concebido como un remedio heroico para los males del capitalismo.

El colonialismo está prácticamente acabado. Después de los movimientos libertarios de América en los siglos XVIII y XIX, nuestro tiempo es testigo de la liquidación del colonialismo en Asia y, sobre todo, África.

Otra muestra no menos palpable del fracaso del capitalismo colonialista es el hervor antiimperialista nacionalista y socialista de todos los matices que bulle en la América Latina.

El capitalismo europeo ha acudido en el último de-

cenio a recursos de visionaria imaginación (que examinaremos más adelante), no sólo para salvarse en el presente sino para adelantarse a un esquema económico-social que sobrepasando las fronteras nacionales se esfuerza por abarcar áreas continentales.

En cuanto al capitalismo norteamericano, su inicio fue casi tan sórdido como la de su hermano mayor, el europeo. Lo salvó de algunas de las fealdades que denigraron a este último la circunstancia de que no había en Norteamérica el residuo de servidumbre feudal que quedó en el Viejo Mundo después de la Edad Media. América del Norte era ya tierra de hombres libres, donde tampoco existían las masas indígenas —trabajo barato o gratuito— que los colonizadores españoles encontraron y explotaron en gran parte de las Américas del Centro y del Sur.

Los grandes capitanes de industria, cuyas manos ávidas forjaron la estructura de la inmensa riqueza de los Estados Unidos, actuaban con toda la desaprensión y falta de escrúpulos de sus antepasados europeos. Un descarado imperialismo norteamericano hizo presas indefensas en México, en el Caribe y en el Pacífico. Este ritmo se mantuvo casi inalterado hasta fines de la centuria pasada y principios de la presente.

Pero las depresiones económicas que culminaron en la catastrófica crisis de 1929, ocasionadas por el desenfreno productivo, fueron impartiendo severas lecciones que los norteamericanos supieron aprender, en parte por lo menos. El capitalismo norteamericano comprendió que, para sobrevivir, tenía que modificar sus procedimientos. Así lo hizo, y ésa fue una posibilidad que Marx no había previsto.

En lo individual, apenas queda rastro del multimillonario norteamericano de tiempos legendarios. Un sistema de impuestos proporcionales progresivos a la renta, que se lleva la totalidad de la misma cuando ésta rebasa casi ciertos límites, y los impuestos sobre las

herencias, han dado origen y realidad a un dicho popular: "*From shirt-sleeves to shirt-sleeves in one generation.*" (De trabajar en mangas de camisa a trabajar en mangas de camisa, en una generación.) Los grandes herederos del pasado son hoy curiosidades de folletín.

Las astronómicas fortunas de ayer han dejado de ser una mera acumulación de riqueza personal y asumen una función económico-social de vasto alcance. Los herederos de Rockefeller han llevado a los cuatro puntos cardinales del mundo su obra sanitaria de lucha contra las endemias. El sistema de fundaciones, donaciones y becas de los Guggenheim sirve a estudiosos y artistas de todo el mundo para realizar su tarea por periodos que llegan a tres años sin preocupaciones económicas. Los Carnegie fundaron y sostienen bibliotecas públicas hasta en las más pequeñas ciudades del país. Los Ford han creado centros de estudios sociales para el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, inclusive en la India, y anualmente donan sumas de muchos millones de dólares para la educación. Casi todas las grandes universidades norteamericanas se sostienen con fondos provenientes de aquellas fortunas. Hospitales e institutos de investigación científica son testimonio de la función social de la riqueza norteamericana.

El más elocuente indicio de que la relación de clase trabajadora a burguesía en los Estados Unidos es muy diferente de la de Europa, es que el proletario norteamericano que debía ser arma viva y multitudinaria de la revolución marxista es un hombre cuyo nivel de vida y, por ende, cuya mentalidad corresponden a los del hombre de clase media europeo y latinoamericano. Como consecuencia, no hay en los Estados Unidos un comunista de masa. Lo hubo en los años de la Gran Depresión (1929-1934). Decreció cuando volvió el bienestar. Actualmente tiene algo así como 16 mil

miembros, en un país superindustrializado de 205 millones de habitantes. Tampoco hay importantes partidos comunistas en Inglaterra o Suecia donde el capitalismo dio paso al socialismo reformista.

El movimiento sindical norteamericano —con 21 millones de afiliados que en general no están ideológicamente comprometidos— ha obtenido y sigue obteniendo de las empresas —por negociación directa que trata de evitar la huelga— una serie de ventajas casi inconcebibles fuera de los Estados Unidos, en materia de salarios y beneficios marginales. El sistema de participación de los obreros y empleados en las utilidades empresarias está generalizado y si bien es cierto que aproximadamente una sexta parte de la población de los Estados Unidos vive todavía debajo del nivel de ingresos "de pobreza" —5 mil dólares por año— el ingreso *per capita* norteamericano es cerca de cuatro veces mayor que el de Francia aunque en este último país ha subido más que en los Estados Unidos durante los últimos seis años.

Sobre la concentración de la riqueza que predijo Marx, hay que tener en cuenta dos aspectos: la propiedad de la riqueza por una parte y su manejo por la otra. Porque ocurre ahora que el poseedor de la riqueza, del capital, no es generalmente quien lo maneja, sobre todo si su cuantía pasa de ciertos límites.

La propiedad se ha ido dispersando en manos de un número cada vez mayor de accionistas, precisamente de aquella clase media cuyo empobrecimiento progresivo, según Marx, debía haber contribuido a la concentración de la riqueza en poder de cada vez menos personas de la alta burguesía. Las cifras que se dan en el cuadro de la página siguiente correspondientes el periodo 1959-1970 son reveladoras.

Con muy raras excepciones que quedan como ejemplares de exhibición y anécdota, los multimillonarios pilotos personales de sus empresas han desaparecido, especialmente en los Estados Unidos. Los ha reempla-

## PROPIETARIOS DE ACCIONES

Clasificados de acuerdo con el nivel de sus ingresos

Ingresos anuales	1959	1962	1965	1970
	en miles			
Menos de 5 000	3 575	3 074	3 183	2 577
De 5 000 a 7 000	3 700	4 384	4 479	3 081
De 8 000 a 9 999	2 221	3 167	3 113	3 152
De 10 000 a 14 999	1 769	3 258	5 199	9 001
De 15 000 a 24 999	700	2 021	2 649	8 272
25 000 y más	319	802	1 147	4 437

(Statistical Abstract of The United States - 1972)

zado la llamada "clase gerencial"<sup>2</sup> formada por expertos en la refinada técnica (hasta se pretende llamarla ciencia) de la administración de empresas. Son ellos los que, generalmente en equipo, tienen el timón de las gigantescas empresas contemporáneas.

Más allá del ritmo y medida de crecimiento normal, la empresa contemporánea tiene ante sí tres caminos principales hacia las dimensiones de la elefantiasis:

a) El oligopolio que, a diferencia del monopolio, al que nos referiremos después, significa no la absorción total de un renglón de actividad de negocios por una empresa, sino por un reducido número de empresas. El mejor ejemplo es el de la industria del automóvil. Las muchas fábricas que antes hacían automóviles en Estados Unidos han quedado reducidas a "Las tres Grandes": *General Motors*, *Ford* y *Chrysler* y una cuarta que difícilmente sobrevive todavía: *American Motors*. Las demás fueron gradualmente eliminadas o deglutidas. Algo parecido ocurre en Europa.

En el fondo, esta concentración no es el sólo resultado del apetito financiero de los más fuertes, sino de

<sup>2</sup> James Burnham: *The Managerial Revolution*.

las exigencias de la alta tecnología moderna que, en razón de costo de producción, hacen cada vez más difícil, ineficiente y poco lucrativa la pequeña empresa.

b) El "conglomerado" o amalgama de empresas que bajo una administración central, abarcan una gran variedad de actividades de producción y comercio. La *International Telephone and Telegraph Co.* controla 260 compañías en 86 países y se ocupa de cosas tan extrañas entre sí como las comunicaciones telegráficas y radiofónicas, la elaboración de carnes ahumadas, el arrendamiento de automóviles o los planes subversivos para derrocar a gobiernos poco favorables a sus intereses como el de Salvador Allende en Chile.

c) La empresa multinacional (que es la expansión del capital más allá de las fronteras de un país, pero no en la cruda forma del tradicional colonialismo económico, sino mediante la asociación del capital exportado con el de los países recipientes de la exportación). Este tipo de masiva e incontrolada inversión internacional (particularmente de los Estados Unidos en Europa y Japón y de unos países europeos en otros) ha sido una de las causas de los grandes desajustes monetarios de principios de la década del 70, inclusive la devaluación del dólar. Ejemplos extremos, dramáticos, de estas operaciones que llevan al capital y su tecnología por encima de las fronteras geográficas o ideológicas, son las masivas ventas de granos y otros productos de los Estados Unidos o Rusia Soviética, así como la instalación de una fábrica de automóviles en la URSS por la Fiat de Italia. La contraparte probablemente será la venta a los Estados Unidos de gas natural y el petróleo que actualmente se buscan en la Siberia. (Ver *Comunismo*.) Los contactos iniciados por jugadores norteamericanos de Ping Pong con la República Popular de China que culminaron con la visita del presidente Richard M. Nixon a Pekín, son seguramente el comienzo de un proceso de intercambio económico entre áreas del mundo se-

paradas por el dogma político y hasta por acciones de armas (Vietnam, Cambodia, Laos) que comprometen a ambas potencias.

Un fenómeno totalmente imprevisible hace pocos años es el que parece inminente —si acaso no se está produciendo ya— como resultado de la inmensa cantidad de oro (dólares) que los países árabes vienen acumulando por la venta de petróleo, de retorno hacia la compra de acciones de empresas norteamericanas y europeas. Si se toma en cuenta la cuantía de la riqueza de los árabes —decenas de miles de millones de dólares— no queda en el campo de la pura fantasía la posibilidad de que un día adquirieran el control de grandes firmas entre las cuales podrían estar las mismas que actualmente explotan su petróleo.

Por lo demás, es un hecho consumado el flujo de capital europeo y japonés hacia los Estados Unidos para compra de firmas industriales y comerciales o instalación de fábricas propias. La industria japonesa, vigorizada por capital y tecnología norteamericana ha invadido el mercado de los Estados Unidos con productos (radios, televisores, cámaras fotográficas, automóviles pequeños, telas de algodón y seda, etc.), de buena calidad y precio más bajo que el de los similares norteamericanos.

Las motivaciones básicas del incentivo de lucro, iniciativa privada, etc., y las leyes del mercado, competencia, oferta, demanda, etc., están sin duda presentes en el fondo de todo este mecanismo desmedidamente grande y complejo del capitalismo contemporáneo. Pero su mecánica, sus efectos secundarios y sus incidencias finales todavía no son totalmente comprensibles ni manejables, como se demostró en los periodos de crisis monetarias de principios de la década del 70, cuando por momentos parecía que ninguna de las medidas adoptadas para controlarlas daba resultado.

Seguramente tenía razón un famoso financiero ale-

mán al decir: "Quizá lo mejor que podemos hacer es dejar que las cosas se ajusten por sí mismas"; o el comentarista norteamericano en cuya opinión "el fenómeno de las empresas multinacionales y los conglomerados es tan nuevo todavía que, más allá de las pérdidas y ganancias, las grandes empresas aún no comprenden los efectos de lo que están haciendo".

Por otra parte, los procesos de integración económica que dan resultados como el Mercado Común Europeo, el Mercado Común Centroamericano, el Acuerdo de Cartagena (principio de integración de la Subregión Andina) o la Alianza Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), constituyen encomiables esfuerzos para encauzar la marcha del fenómeno económico con diques de contención racional: complementar los procesos productivos, por ejemplo, en vez de ponerlos frente a frente en la lucha sin cuartel de la competencia; ampliar los mercados para justificar económicamente la producción, etc. Desde luego, abren una esperanza, más clara, más asequible para los países subdesarrollados y esa esperanza arraigada en la economía tiene una proyección natural y directa hacia la solución de los problemas político-sociales.

La injerencia del Estado en el fenómeno económico es cada vez mayor y más imperiosa. Aun en el país capitalista por excelencia, Estados Unidos de Norteamérica, el proceso que comenzó en 1890 con la Ley Sherman contra los monopolios, sigue en marcha. La política del *New Deal* del presidente Franklin Delano Roosevelt salvó a su país de la crisis de superproducción de 1929. Congeló precios y salarios y limitó severamente las utilidades, y con obras iniciadas por el Estado, como las del valle del río Tennessee, cuyos benéficos frutos se cosechan hasta hoy, dio trabajo a 14 millones de desocupados. Las "leyes del mercado" no habían sido suficientemente eficaces y rápidas para enmendar sus propias fallas, y el Estado tuvo que intervenir.

La lucha contra los monopolios y *trusts* ha sometido desde 1890 a dura prueba la autoridad del Estado frente al poderío económico de las grandes empresas. Estas se han valido de todos los recursos —incluyendo el soborno político puesto en evidencia en el proceso del escándalo de Watergate— para eludir la acción de la Ley. Pero se han producido decisiones radicalmente desfavorables a verdaderos monstruos del poderío financiero, como la que determinó el fraccionamiento de la Standard Oil en 1911.

A principios de 1973, ocho de las grandes empresas petroleras norteamericanas, cuyos capitales suman 76 mil millones de dólares y que, por su magnitud e influencia, podrían considerarse inmunes, han sido oficialmente enjuiciadas por la Comisión Federal de Comercio por "monopolizar ilegalmente la refinación de petróleo y cosechar excesivas utilidades". En un comentario sobre la materia se hace notar que las compañías no trataron abiertamente de monopolizar el mercado (lo que las habría sometido directamente a la acción de la Ley) sino que pusieron en práctica lo que los técnicos llaman un "consciente paralelismo" que consiste en "observarse unos a otros para coordinar precios, producción y mercadeo, en forma de no dañarse mutuamente, pero sí crear condiciones que imposibiliten la competencia para los demás. El comentario, añade que "el juicio iniciado contra las ocho gigantescas firmas podrá arrastrarse durante años ante los tribunales, pero podrá, a la larga, significar la más profunda reestructuración de la industria petrolera desde 1911" (cuando se quebró el imperio monopolístico de la Standard Oil). Otra acción semejante se ha iniciado contra tres de las más grandes firmas productoras de acero.

Nada de extraño tiene que presidentes demócratas, progresistas, como Harry S. Truman y John F. Kennedy, hubiesen utilizado y quizá sobrepasado las atribuciones

del Ejecutivo para poner en su sitio a las empresas en momentos en que la actitud de éstas cerraba las puertas a la negociación de aumento de salarios pedida por los sindicatos. Ambos presidentes llegaron a amenazar con la intervención a la poderosísima industria del acero si no daba pie atrás en el propósito de subir sus precios. Pero el propio Richard M. Nixon, republicano, conservador, fervoroso partidario de una libre empresa poco menos que ilimitada, se vio obligado a congelar precios y salarios, regular el crédito, restringir las importaciones y tomar una serie de otras medidas a principios de la década del 70, para hacer frente a la amenaza de una inflación descontrolada y a los efectos de la devaluación del dólar.

Hablar de que hay en Estados Unidos una economía capitalista liberal pura es, pues, incurrir en un error o en una deliberada distorsión de la realidad. Precisamente por haber perdido su "pureza", el capitalismo norteamericano ha logrado no sólo sobrevivir sino llegar al grado de desarrollo en que se encuentra. El capitalismo europeo, menos flexible hasta hace unos quince años, empieza a seguir los pasos del norteamericano y ésa es, en no pequeña medida, una de las causas de la prosperidad de países como Alemania Occidental, Francia e Italia donde el nivel de los salarios y beneficios sociales ha subido considerablemente, de modo que también allí se está iniciando el fenómeno de "aburguesamiento" de la clase proletaria.

Desde la guerra de Corea y últimamente con la de Vietnam, la economía norteamericana ha tenido el estúpido anormal de las necesidades de abastecimiento militar que en cierto momento (principios de los años 60) se calcularon en un 20% del total de los pedidos que recibía de la industria. Habrá que ver de qué manera se compensa la diferencia que se producirá al quedar liquidado el conflicto de Vietnam, Cambodiaa y Laos, sin que la economía norteamericana sufra un grave

quebranto. Piensan algunos expertos que lo más probable es que se compense con inversiones públicas en infraestructura social y económica para evitar las grandes distorsiones emergentes de la *affluent society* como la llama el economista John K. Galbraith.

Adelantándose a lo que en la práctica viene ocurriendo, economistas neo-liberales como John Maynard Keynes dijeron ya por lo menos 25 años atrás que al producirse las depresiones económicas como secuela de las eras de gran producción y prosperidad, la intervención "moderada y temporal" del Estado es necesaria para salvar la economía de un país. En otros términos, que las "leyes naturales" de Adam Smith y la Escuela de Manchester son incapaces, por sí solas, de asegurar la supervivencia del capitalismo. Tan evidente es esto, que antes de haber llegado a las verdaderas *depresiones*, muchas veces el Estado, en los Estados Unidos, ha intervenido preventivamente, para evitar que leves recesiones como las que se experimentaron a fines de la década del 50 se conviertan en catastróficas crisis como la de 1929.

Podrá decirse que ya no puede llamarse capitalismo el sistema dentro del cual el ejercicio totalmente libre e individual de la iniciativa privada y del incentivo de lucro han quedado sustituidos por la acción de organismos amorfos, sociedades literalmente anónimas en las cuales el "espíritu de empresa" del antiguo "capitán de industria", el famoso *entrepreneur* —mitad genio financiero y mitad pirata— está suplantado por la habilidad fría, impersonal y tecnificada de gerentes o profesionales que ni siquiera son propietarios de la empresa; que no puede haber capitalismo propiamente dicho cuando las leyes del mercado son alteradas y distorsionadas por disposiciones legales que fijan precios y utilidades; disposiciones que no permiten un desarrollo ilimitado ni la absorción del más pequeño por el más grande; que permiten la fijación de salarios no por

oferta y demanda en el mercado laboral sino por negociación directa en la que actúan, de igual a igual, el empresario y el sindicato siendo lo más probable que se acepten en su mayor parte las demandas de éste, generalmente con franco y hasta demagógico apoyo del Estado; un mundo, en fin, donde las propias grandes empresas planean su expansión sobre la base de objetivos y parámetros que ellas mismas se fijan, señalándose precios y volúmenes de venta.

Puede que así sea y que el nombre de capitalismo y aun el de neo-capitalismo sean inadecuados, imprecisos, pero parece, a la luz de la experiencia, que sólo podría garantizarse la supervivencia del sistema, a) en cuanto contrariando una de las normas básicas que le señalaron sus teóricos, acepte que el Estado le ayude a moderar sus impulsos y que venga a rescatarlo en las horas de peligro; b) en cuanto sea capaz de "civilizarse" y "humanizarse" y de comprender que sólo el bienestar colectivo, el mayor poder de compra de las grandes mayorías puede dar amplitud, dinamismo y prosperidad al mercado (el mercado del que vive el capital) y apaciguar el espíritu de rebeldía anticapitalista.

En cuanto a la acción moderada y moderadora del Estado, los defensores del capitalismo ven otros peligros remotos: ¿Es posible contar con una intervención del Estado "*racional, moderada y temporal*"? Primero, no es en cierto modo inevitable que, una vez que el Estado interviene parcialmente se produzca una necesidad creciente de intervenir cada vez más amplia y profundamente para ajustar el funcionamiento de los órganos no intervenidos todavía al ritmo de los que ya lo están; y, segundo, la acción impersonal y fría de la nueva "clase gerencial", despojada de los móviles (sobre todo el lucro desmedido) que daban vitalidad y autenticidad "liberal" a los negocios de la libre empresa, ¿no llegará a estratificarse hasta perecer?

Sobre la posibilidad de evolución y creación de nue-

vas formas de capitalismo dice el profesor Joseph A. Schumpeter (*Capitalism, Socialism and Democracy*): "El punto esencial que debe comprenderse cuando se habla de capitalismo es por naturaleza un método de transformación económica y nunca es ni puede ser estacionario". . . . Añade que el proceso de "mutación industrial que incesantemente revoluciona la estructura económica desde adentro, incesantemente destruye la vieja e incesantemente crea una nueva. Este proceso —concluye— de destrucción creadora es el hecho esencial relativo al capitalismo".

De la posibilidad que tenga el capitalismo de mantener y alimentar casi ilimitadamente ese proceso, dependerá su futuro, sobre todo frente a la amenaza de otros sistemas que radicalmente ponen en duda su eficacia para resolver los grandes problemas sociales de la Humanidad.

## DEMOCRACIA

¶ *Soberanía popular.* ¶ *Amplitud y flexibilidad de la teoría democrática.* ¶ *Requisitos e instrumentos esenciales de la democracia.* ¶ *Antecedentes históricos.* ¶ *Las revoluciones liberales y la clase media.* ¶ *Evolución democrática.* ¶ *El factor económico.* ¶ *Glosa.*

LA PALABRA "democracia" proviene de los vocablos griegos *Demos*, pueblo, y *Kratos*, autoridad o gobierno.

Frente al "poder divino" que decían encarnar y ejercer los monarcas de tiempos pasados, o a la "predestinación" que invocan ciertas doctrinas en favor de las "minorías selectas", la democracia propugna el concepto de la "soberanía popular", o sea, el derecho del pueblo todo a gobernarse por sí mismo, con finalidades que representan el interés de todo el pueblo. En este sentido, la última parte de la oración pronunciada por Abraham Lincoln en el campo de batalla de Gettysburg (guerra de Secesión de los Estados Unidos) contiene una de las más simples y perfectas definiciones de la democracia: "...el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo..."

Por "pueblo" entiéndese "todo" el pueblo. Pero como no se puede concebir la unanimidad absoluta en las decisiones adoptadas respecto a los intereses colectivos, lo que priva es la decisión de la mayoría. Al respecto, Thomas Jefferson dice: "El primer principio del republicanismo [democracia] es que la *Lex Majoris Partis* [ley de la mayoría] es la ley fundamental de toda sociedad de individuos con iguales derechos; considerar la voluntad de la colectividad, expresada aunque sea por mayoría de un solo voto, tan sagrada como si fuera unánime, es la primera de las lecciones que debe aprenderse, pero la última que se aprende completa-